



# ARQUITECTURA Y EXISTENCIALISMO: UNA CRISIS DE LA ARQUITECTURA MODERNA

*Ignasi de Solà-Morales*

La explicación del desarrollo a lo largo del tiempo de la arquitectura del movimiento moderno se ha hecho siempre con bastante debilidad conceptual.

Primero fueron los protagonistas de la fase fundacional quienes pensaron que este desarrollo era prácticamente un proceso natural. Más tarde se pensó que lo único que sucedía, dentro de una supuesta ortodoxia, eran movimientos de crecimiento y extensión de los mismos principios en un proceso orgánico que extendía las mismas doctrinas hacia nuevas áreas y nuevos problemas. Por último porque con la explicación de una visión biográfica y generacional se pasó de las ideas a las personas produciéndose una versión de dicho desarrollo como el traspaso de un testimonio en una carrera de relevos en la cual la segunda, la tercera o la cuarta generación eran eslabones de una misma cadena.

En los últimos años una idea más radical de crisis hizo pensar que aquella continuidad se había roto, de modo que el hilo de aquella Moderna Tradición, como la llamara Giedion, se cortaba ante el radicalismo de quienes abominaban de ella o ante quienes, para refundarla, retrocedían de nuevo a los orígenes, fueran éstos los heroicos años de la vanguardia o los no menos fundacionales tiempos de la cultura ilustrada.

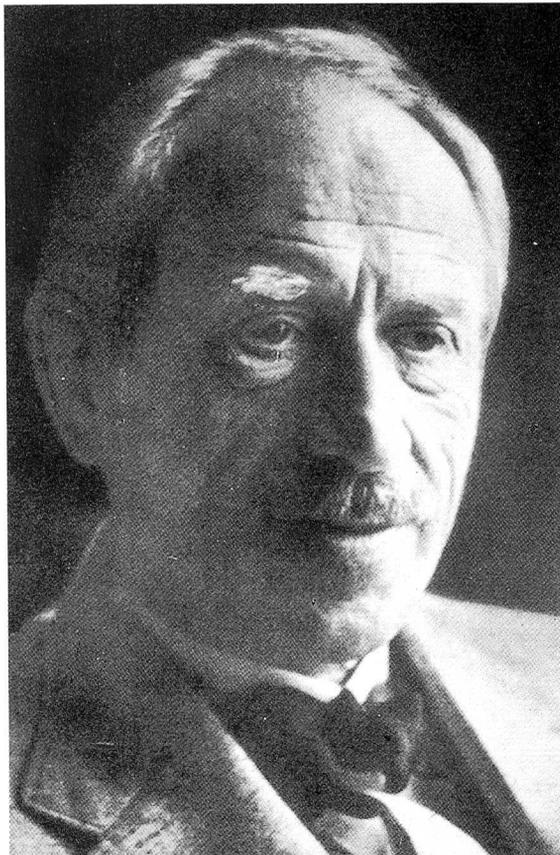
El trabajo que se presenta a continuación quiere explorar esta situación aportando algunas hipótesis que permitan colocarse fuera de la lógica descrita.

Para ello parte de dos supuestos. En primer lugar de que no hay *una* crisis de la arquitectura del movimiento moderno sino *muchas*. Crisis distintas que forman parte de las contradicciones que la misma idea de un movimiento moderno, coherente, unitario comporta. Pero también crisis distintas porque, en la medida en que fuese posible reconocer unos principios y unos métodos comunes éstos fueron puestos en entredicho desde el mismo momento de su formulación.

En este texto no se trata de hablar de todas y cada una de las crisis que se pueden detectar en la cultura arquitectónica del movimiento moderno en los últimos sesenta años sino de analizar uno de estos distintos puntos de inflexión a causa del cual los cambios en las formas y repertorios figurativos no son produc-

tos de una simple mutación del gesto sino el resultado de cambios epistemológicos que afectan a la cultura del momento y por extensión también a la arquitectura.

La hipótesis que se propone es la de considerar la incidencia del existencialismo no ya como corriente filosófica sino como un difuso clima cultural en el cual se reordenan los puntos de vista éticos y estéticos que incidirán en cambios profundos en la arquitectura posterior a la 2ª Guerra Mundial.



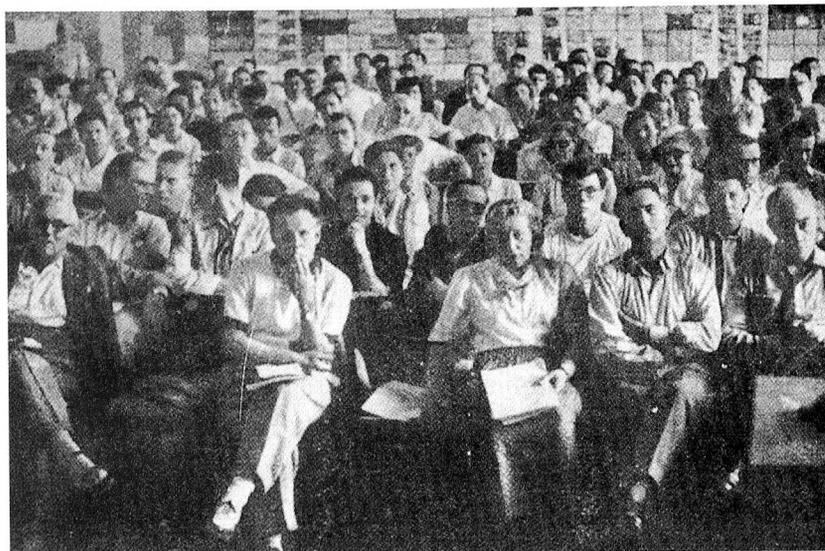
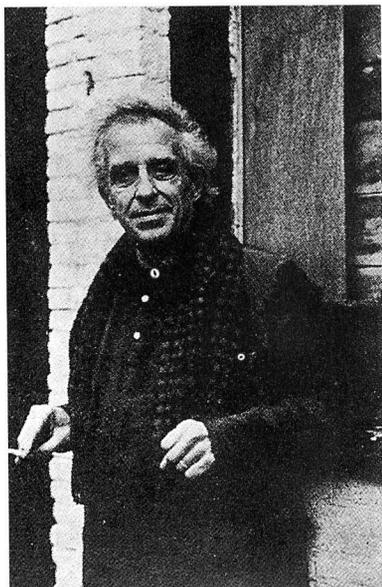
Pág. anterior. Fotografía de Nigel Henderson.

1. Heinrich Tessenow.

Lo que se pretende examinar es cómo una reorganización de objetivos culturales ligados a una distinta concepción del individuo y de la sociedad socavan la estructura teórica de la arquitectura del movimiento moderno desplazándola hacia valores distintos y cómo este desplazamiento en los valores tiene consecuencias decisivas en la concepción que, fundamentalmente en la década de los años cincuenta, dominaron la arquitectura europea y americana.

## 1. HABITAR

La carta de Atenas de 1933 había dividido la actividad arquitectónica en cuatro grandes áreas. Habitación, Ocio, Trabajo y Transporte eran competencias diferenciadas de la arquitectura que se traducían en investigaciones tipológicas diversas y en zonificaciones urbanas separadas entre sí.



A raíz de las destrucciones producidas por la segunda Guerra Mundial el tema de la habitación se hace prioritario por razones evidentes. En el manifiesto de 1947 publicado en *Baukunst und Werkform* un grupo bien representativo de arquitectos alemanes entre los que se contaban Max Taut, Bill Baummeister, Lily Reich, Otto Barthling o Heinrich Tessenow hacen un llamamiento a ocuparse de las *necesidades fundamentales*. El punto primero de este texto afirma: *Las grandes ciudades deben reconstruirse con nuevas unidades residenciales capaces de vida autónoma. Sólo los centros de antiguas ciudades deberán adquirir nueva vida como corazón cultural y político.*

La afirmación de la prioridad de la residencia en las nuevas ciudades o en las zonas que deben ser reconstruidas se acompaña de una afirmación de consecuencias estéticas destacables. *Para las vivien-*

*das sólo hay que buscar aquello que sea simple y válido.*

Advirtamos cuáles son los adjetivos empleados para caracterizar la nueva residencia. No se trata de llamar a lo racional, lo tecnológicamente nuevo o lo mínimo indispensable sino que se utilizan adjetivos bastante distintos. La sencillez y la validez apelan prácticamente a lo contrario de lo nuevo y lo experimental. El soporte de la experiencia, la apelación a lo auténtico, confirmado por un cierto tipo de retorno a los orígenes están en la mente de quienes firman el texto de 1947.

En el mismo año, en Bridgwater, en Inglaterra, se reúnen de nuevo los C.I.A.M. En una de las ponencias Aldo Van Eyck toma la palabra para formular una cerrada crítica a toda suerte de *Mecanicismo* en arquitectura. El *mecanicismo* que critica el arquitecto holandés es identificado con una palabra hasta entonces clave: el funcionalismo. De esta manera se

abre una grieta profunda entre las inamovibles convicciones funcionalistas de pre-guerra y el nuevo clima representado por los jóvenes arquitectos incorporados al debate de la arquitectura moderna. Para Van Eyck lo que se trata de conseguir no son respuestas concretas a necesidades puntuales cuantificables por su incidencia física, sino, por el contrario, lo que hay que buscar es una arquitectura *que satisfaga las necesidades humanas de tipo emocional (man's emotional needs)*. El mismo cambio de tono y de registro de intereses se encuentra en la intervención de Bakema. El futuro reconstructor de Rotterdam clama también por una arquitectura cuya intención fundamental sea *la de estimular el crecimiento espiritual del hombre*. Los nuevos términos del lenguaje del existencialismo *humanismo, emociones, crecimiento espiritual, auténtico, válido...* ha hecho su aparición en escena. Su aplicación al discurso de la arquitectura empieza a empapar los textos de los autores más permeables al

nuevo clima cultural. Con ellos, en un lento pero inexorable desplazamiento de las coordenadas desde las que pensar la arquitectura, se inicia un proceso de traslación conceptual que será dominante en la próxima década.

Es en el C.I.A.M. de 1954, en Aix-en-Provence donde este cambio de valores se refuerza en relación explícita y prioritaria a la vivienda. Los Smithson, por primera vez, formulan incipientemente su teoría de la estructura urbana. Una teoría pensada desde y para la residencia. Habitar es el paradigma de la vida urbana y el sistema articulado de la casa, la calle, el distrito y la ciudad es una conceptualización de la forma urbana que abandonando la división cuatripartita de la ciudad tal como se concebía en la Carta de Atenas pone al individuo en el centro de la organización del espacio habitable.

La llamada a la construcción de millones de viviendas lanzada por José Luis Sert no pone sus esperanzas en la producción seriada o en la mecanización de los servicios sino en una estructura a la medida del individuo, de habitante de la ciudad como sujeto.

En el siguiente congreso, el de 1956, en Dubrovnik, un nuevo concepto clave se coloca en el centro de la reflexión de los arquitectos y urbanistas: *identidad*.

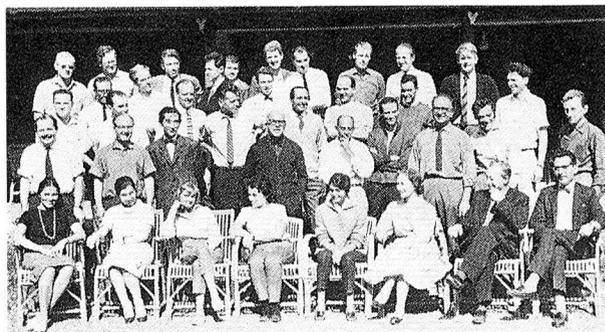
La *identidad* adquiere un rango primordial precisamente porque su carencia es interpretada como el mal más grave de la ciudad existente y la por venir. Evidentemente hay en la reflexión en torno al problema de la identidad urbana un sutil pero contundente ataque a los criterios canónicos de la arquitectura del movimiento moderno.



Cuando en 1959 se convoque el último congreso de los C.I.A.M. en Otterlo el cambio está consumado. El enfrentamiento de los «jóvenes» Van Eyck, Sert, Giancarlo de Carlo, E.N. Rogers y los Smithson con los Giedion, Gropius y Le Corbusier es algo más que una pequeña batalla doméstica. La llamada a la identidad y la difusión de otros conceptos como *core* o *cluster* no puede ser interpretado sólo como una sus-

titución de un lenguaje metafórico de la máquina por un lenguaje metafórico de lo orgánico. Más allá de la formalización inspirada por modelos del mundo natural el *core* es un corazón, el núcleo germinal y profundo de las cosas, la razón última de su modo de ser, mientras que el *cluster* es no sólo un racimo de uvas o un manojo de flores sino la reunión, la asociación de aquello que vive conjuntamente, intercambiando sus flujos vitales en una convivencia que da sentido al individuo como parte inseparable de un grupo humano más amplio.

Que todos estos términos se conviertan en claves para hablar de los problemas de la ciudad y de la arquitectura de la reconstrucción europea y en los albores de los milagros económicos que provocarán las grandes expansiones urbanas, significa no sólo la prioridad del habitar como motor de la transformación urbana sino también que durante, por lo menos, dos décadas será en la casa, en la vivienda donde se concentrará la búsqueda de una arquitectura acorde con estas solicitudes existenciales.



El tan divulgado texto de Martin Heidegger, *Construir, Habitar, Pensar (Bauen, Wohnen, Denken)* no es un texto salido de las cavilaciones de un filósofo al margen de cuanto sucedía en la Europa post-bélica sino una respuesta concreta del antiguo rector de Heidelberg a una iniciativa que en torno al problema de la ciudad y la vivienda reunía en el Darsmstädt Gersprach a expertos procedentes de áreas diferentes con el fin de aportar sus sugerencias desde campos diversos. La conferencia pronunciada en 1951 y en la que, por cierto se encontraba presente José Ortega y Gasset, fue publicada un año más tarde, en 1952, por una revista de Darsmstädt y más tarde en el volumen de *Ensayos y Conferencias de 1954*.

Ningún escenario más dramático que la ciudad reducida a ruinas por los bombarderos aliados en los

2. Aldo Van Eyck.
3. Congreso CIAM en Bérgamo. 1949. Segunda fila: Bakema, Bonet y Sert.
4. Alison y Peter Smithson.
5. Participantes en el VIII Congreso CIAM. Otterlo. 1958.

últimos días de la guerra para provocar una reflexión dirigida a constructores, arquitectos, urbanistas y políticos. Heidegger comienza su conferencia tomando nota de la vivacidad del problema del habitar en el momento que está hablando no ya como problema teórico sino como algo *en lo que se está manos a la obra*. Pero el filósofo da inmediatamente un giro de lo coyuntural a lo esencial. Para Heidegger el habitar se ha vuelto problemático. El hombre contemporáneo no habita en la ciudad y en el mundo con una relación plausible y fecunda. La necesidad de reconstruir la habitación no es un problema de falta de viviendas sino una consecuencia de la condición del hombre moderno. El hombre contemporáneo es un apátrida, carece de morada, de un lugar en el que la llamada al habitar pueda darse de un modo inmediato.



Por el contrario habitar es una tarea. Los mortales tienen que aprender a habitar y pueden hacerlo a partir del mismo momento en que advierten que su situación desarraigada debe ser cambiada. Hay un camino, un proceso por el cual el hombre debe llamarse al habitar. Pero este proceso no es otra cosa sino una construcción. Algo que está por hacer y que se hará paso a paso, reuniendo los elementos necesarios. Es por esta razón que el habitar lleva al construir y la construcción es el proceso por el cual el hombre congrega cosas, objetos, pero también se reúne con otros. De modo que el habitar que comienza como un proceso por el que nos esforzamos por salir del desarraigo nos lleva a la construcción. Una construcción en la que reuniendo, congregando, el hombre cuida de las cosas, las promueve, se hace con ellas. El fin del habitar es morar y el proceso del construir es levantar una morada, es decir, un lugar en el que la vida se entretenga con las cosas y en la que este habitar constituya un germen espiritual, moral.

La conferencia de Heidegger está salpicada de referencias a la construcción y a la arquitectura. El puente de Heidelberg, las autopistas, su casa en la

Selva Negra son imágenes que el pensador trae a colación para ilustrar su pensamiento. También su reflexión sobre el espacio del habitar lleva hacia lo radical y fundamental. Siguiendo la crítica hursseliana del espacio abstracto cartesiano Heidegger liga la esencia de la espacialidad a la experiencia del sujeto que está en el mundo. El espacio del habitar no es un espacio *more geométrico* sino existencial, resultado de la percepción fenomenológica de los lugares y una construcción a partir de esta experiencia. Como en tantos otros textos heideggerianos la reflexión sobre el habitar es un alegato contra la civilización técnica y su pérdida de autenticidad. Una llamada a quienes están *manos a la obra* para que piensen la vivienda como la respuesta a la necesidad esencial del habitar enraizado, esencial, constituyente. Contra la habitación cuantitativa inessential, Heidegger, en su conferencia, apela a un habitar cualitativo, que coloque a los hombres entre la tierra y los dioses.

Que al mismo tiempo y ante el mismo panorama de destrucción y reconstrucción, aunque sea en contextos separados, se formulan intenciones similares tanto en el caso de los arquitectos revisionistas de los mecanismos productores de las ciudades ideado por los primeros C.I.A.M. como en el caso de un filósofo invitado a reflexionar sobre el problema de la habitación en el mundo contemporáneo, pone de manifiesto la correlación de intereses y de puntos de vista en uno y otro caso.

Tanto para los arquitectos como para los pensadores del *existencialismo* —con toda la imprecisión y diversidad de posiciones que se reúnen tras este término— no sólo el habitar es una actividad fundamen-



tal —fundante— sino que ésta debe ser repensada no técnicamente sino a partir de la experiencia vivida del individuo. Sólo desde estos puntos de partida cabe reconsiderar la arquitectura de las ciudades en el momento en que éstas se aprestan para el gran crecimiento de los años cincuenta.

## 2. HUMANISMO

El referente último del sistema de valores que predomina en la nueva escena arquitectónica europea es el que puede englobarse bajo el término humanismo. Ciertamente esta es una palabra aplicada a situaciones históricas diversas pero que renueva su eficacia sintetizadora en el clima existencialista en favor del hombre concreto, con su experiencia, su vivencia en espacios y tiempos determinados y bajo la angustia producida por la pregunta sobre su destino.



Si en el período de entreguerras los términos clave fueron posiblemente los referidos a nociones como *progreso*, *racionalidad*, *felicidad* en la situación de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial las claves éticas que legitimaron la arquitectura estarán ligadas a esta noción en la cual el universo personal de cada uno de los individuos, su intimidad y subjetividad sobresalen como las finalidades principales a las que la construcción de la arquitectura y de la ciudad deben estar encaminadas.

En José Luis Sert, por ejemplo, la preocupación recurrente en los textos de estos años será la de lograr *una ciudad más humana* y será precisamente este problema el que constituirá el tema del CIAM 8

en Hoddesdon de 1951 con el título *La humanización de la ciudad*.

La noción clave de las reflexiones de estos arquitectos, supuestos representantes de la más genuina tradición moderna será la noción de *core*. La ambigüedad de esta palabra inglesa y su pluralidad de significados ejemplifica exactamente el tipo de preocupaciones que mueve a los jóvenes revisionistas de la Carta de Atenas.

Efectivamente *core* es a la vez el núcleo central de alguna cosa y muy especialmente el núcleo germinal de una fruta pero también es el corazón humano o cuanto menos de todo organismo viviente. La discusión más renovadora de estos años sobre el *core* de las ciudades, como una nueva zona a contemplar en la disposición separada de las distintas funciones urbanas significa establecer no sólo la necesidad de un centro pluriforme y máximamente social para la ciudad sino, sobre todo, la caracterización de esta centralidad como corazón, es decir, como el lugar físico en el que parecen encontrar asiento los sentimientos humanos más elevados y más necesarios para la plenitud de una arquitectura en busca de un nuevo humanismo.

El *core* centralidad física se descubre como corazón humano en una discusión sobre la arquitectura en la cual la función parece dejar paso a la pasión.

En uno de los textos más significativos de la producción teórica de estos años, *The hearth of the cities*, se produce exactamente este desplazamiento *humanístico* en el modo de pensar la arquitectura y la ciudad.

Cuando Aldo van Eyck, en 1959 planteó su contribución a la reflexión actual sobre los problemas de la arquitectura lo hizo desde la pregunta: *Is a architecture going to reconcile basic values?* Desde su convicción de que en la naturaleza humana hay unos principios arcaicos que son fundamentalmente siempre los mismos se estará colocando en la perspectiva del humanismo existencialista. Con citas de Martin Buber y con el trasfondo de su apasionado interés por la antropología, van Eyck muestra su voluntad de lograr que la nueva arquitectura *respire* —según su expresión— al unísono con el respirar del hombre haciéndose contenedor y espacio plausible para que estas condiciones del respirar-vivir humanos encuentren su envoltorio adecuado.

Nuestro José Antonio Coderch, fugaz miembro del grupo de arquitectos reunidos bajo el epíteto del *Team X*, no representa otra cosa sino esta prioridad de lo espiritual existencial que se resuelve aparentemente con el rechazo de toda teoría general y la llamada a la dedicación concreta para situaciones con-

---

6. *Giancarlo de Carlo*.

7. *Martin Heidegger*.

8. *Josep Lluís Sert*.



cretas. Desde su *humanismo cristiano* Codnerch representa otra voz en el conjunto de llamadas a lo esencial del hombre —así en singular— como correctivo necesario a la abstracción, generalismo y mecanicismo de los puntos de vista heredados de los maestros de la vanguardia.

Este programa del humanismo no es casual ni exclusivo de los arquitectos. Todo lo contrario, no es sino la versión específica con la que en este campo de la actividad práctica se pretende responder a las llamadas al humanismo y a la reflexión sobre su significado que se están produciendo contemporáneamente entre los filósofos, artistas e intelectuales.

Un pensador discípulo de Hursel y enmarcado por tanto en su orientación fenomenológica como pueda ser Max Scheler conocerá en estos momentos una máxima difusión y popularidad. Su libro *El lugar del hombre en el cosmos* se convierte en un best-seller de estos años. Su obra se presenta como una antropología filosófica es decir como el intento de explicar no los principios o categorías generales de la realidad y el pensamiento sino lo concreto, personal, íntimo del hombre situado en el infinito del cosmos y del tiempo histórico.

El debate sobre el humanismo conoce la contribución de J.-P. Sartre en 1946 con el texto «El existencialismo es un humanismo» en el cual el existencialismo, es decir su propia filosofía, es presentada como el abandono de toda la tradición metafísica para construir otro modo de pensamiento basado en la experiencia, lo personal, lo particular y lo vivido de los hombres concretos.

A este texto largamente difundido, contestará de un modo oblicuo, como gustó siempre de proponer sus réplicas, Martín Heidegger con su no menos fa-

mosa *Carta sobre el Humanismo*, en la cual bajo el pretexto de la correspondencia con su amigo..., Heidegger retoma la fluida y prestigiosa categoría del humanismo para llevarla a un lugar problemático aunque necesario. El humanismo heideggeriano está en el método: fenomenológico; está también en el objetivo: la búsqueda de la conciliación del hombre contemporáneo con su mundo técnico. Pero se trata de un humanismo por hacer, por conquistar. Más que un dato es un objetivo a conseguir, problemáticamente, tal vez imposible.

Las metáforas del corazón, la llamada a lo humano, la creciente atención a la antropología pueden ser referencias que ayuden a entender un fenómeno importante de estos años. Nos referimos al nuevo auge del pensamiento organicista en arquitectura.

Mecanicismo u organicismo son, en la tradición intelectual de la arquitectura del siglo XX, la contraposición de los modelos. Dos metáforas con las que el hacerse de la arquitectura busca un modelo formal que le permita una explicación conjunta.

Muchos historiadores de la arquitectura del siglo XX han hablado de una contraposición entre mecanicistas y organicistas, como si esta explicación fuese definitiva y excluyente. Parece incluso posible el establecer la genealogía de estas dos tradiciones de modo que la corriente mecánica («constructivista» - «schlemmeriana» - «picabiana» - «lecorbuseriana») se



contrapondría otra tradición (wrightiana - vandeveldiana - scharouniana - maxernstiana - aaltiana).

En nuestro discurso está claro que desconfiamos de esta explicación morfo-simbólica y que nos parece necesario llevar esta posible dualidad cuya formulación más polémica llevarán a cabo Mumford, Neutra o Zevi, hacia otra vertiente: la de la asociación del organicismo y humanismo.

«El organicismo es un humanismo» podrían haber dicho Alvar Aalto o Richard Neutra, para los cuales la naturaleza no era la arquitectura acorde con el hombre y con la tantas veces mencionada escala humana que se proponía como tarea para las nuevas edificaciones.

Contra la abstracción una voluntad de realismo que encontraba en lo vernacular lo esencial humano, antes de toda contaminación cultural o técnica, como si las *arquitecturas sin arquitectos* de las que hablaría Rudofsky fuesen el único referente posible desde donde qué producir lo humano esencial, antes de los estilos, desde la fuerza telúrica de la naturaleza de la cual la substancia humana es considerada como una emanación.

### 3. LA NUEVA ESTÉTICA

El existencialismo, hijo de la fenomenología produce un sistema estético renovado cuya difusión afectará de un modo central a la arquitectura y al modo de pensarla y explicarla en la crisis de los años cincuenta.

Para la tradición fenomenológica el primer dato es el de la intencionalidad de la consciencia. Es decir, el postulado de que no existe un sistema de objetos regulables por leyes formales que garanticen la eficacia estética sino que lo que hay, en el principio, es la voluntad del sujeto por relacionarse con el mundo todavía por construir a través de la mediación del cuerpo. El sujeto que es una *nada*, una *pasión inútil*, construye el mundo a través de la *mirada hacia*, la *apertura*, la *consciencia de*. La obra de arte es un gesto emanado del cuerpo. En Sartre o en Merleau-Ponty lo que se produce no es la *apertura* del sujeto hacia los valores ideales. La intencionalidad del sujeto en Sartre es mundana, se queda en un mundo que se construye desde la percepción, la imaginación y la emoción. Lo *otro* del cuerpo del sujeto se presenta como una producción del propio cuerpo. En Merleau-Ponty todo el problema entorno al cual giran sus textos filosóficos fundamentales es el de la superación del solipsismo. Es decir, el cuerpo del sujeto establece el mundo a partir de algo que le hace salir de sí, y que no es otra cosa que el comportamiento. Las nociones idealistas de *concepto*, *idea*, *espíritu*, *representación* son substituidas en Merleau-Ponty por las de *articulación*, *borde*, *dimensión*, *nivel*, *configuración*, cuya fundamentación empírica ha establecido

la psicología de la Gestalt y cuya evidencia procede de la experiencia estético-perceptiva. Así lo plantea el filósofo francés desde los primeros textos sobre la naturaleza y la primacía de la percepción hasta su último texto filosófico, inacabado, sobre lo visible y lo invisible.

Merleau-Ponty es el más sistemático de los *existencialistas* en el momento de poner las bases de una relación no normativa sino productiva de nuestra relación con los objetos que constituyen nuestro entorno.

Quien conozca la obra reflexiva de arquitectos como E.N. Rogers, o Paul Virilo podrá hacerse cargo inmediato del impacto del pensamiento fenomenológico de los existencialistas en la arquitectura de mitad del siglo xx.

Todavía en Le Corbusier la máxima debilidad de su concepción estética estaba en su dependencia del idealismo del siglo xix, recibido a través de la teoría estética académica. Con la crisis posterior a la Segunda Guerra Mundial que aquí estamos analizando se desvanecen las estéticas basadas en la psicología empírica o en la de la simpatía simbólica. De lo visual se pasa a la percepción total, cinestésica, productiva. Al destruirse los principios generales de lo estético pasa a ser no la adecuación a una norma ni la imitación de un modelo sino la producción desde el sujeto de experiencias perceptivas elementales capaces de generar significados a través de las emociones. La obra teórica de Arnheim o Hesselgren tiene como punto de partida la fenomenología de la percepción y como consecuencia la liberación de toda exigencia previamente determinada. las fronteras entre lo artístico y lo estrictamente emotivo quedan borradas de forma que la arquitectura ya no tiene como cometido ni la creación de determinados efectos ni la adecuación a determinados contenidos. La arquitectura, al igual que todos los demás campos de la creación estética, adquiere la absoluta libertad de experimentación perceptiva lo cual se traduce no sólo en el abandono de unos determinados estilemas codificados por la tradición moderna sino la apertura a posiciones especialmente experimentales en los afectos de las formas, los materiales y los espacios.

El aparente desmembramiento del lenguaje moderno que se produce en estos momentos tiene una explicación plausible en la nueva concepción estética hija de la fenomenología existencialista. Colores, texturas, luces, formas, espacios, sin olvidar un renaciente decorativismo y una apertura hacia el libre juego de los experimentos provocará tanto el brutalismo como el neo-liberty, tanto el organicismo vernacularista como el hipertecnologismo experimental de Candela, Nervi o B. Fuller.

---

9. J. A. Coderch.

10. Alvar Aalto.



#### 4. EPÍLOGO. DEL INDIVIDUO A LA SOCIEDAD

El humanismo ético y la fenomenología estética tendrán su época de máxima influencia en la arquitectura de los años cincuenta. Realización personal, producción experimental, plena libertad estética, disolución de la tradición moderna como método racionalmente elaborado serán puntos de apoyo de un sinnúmero de obras arquitectónicas en las que la experiencia individual, la primacía de lo privado, el antimonumentalismo, la incorporación de materiales y técnicas antropológico-vernaculares, la búsqueda, en definitiva, de un grado cero para la arquitectura constituyen el lugar común que aúna arquitectos y obras aparentemente tan dispares como las de Aalto, Neutra, Van Eyck, Rogers, Kahn, Nervi o Fuller.

Plantear el organicismo como humanismo no es casual sino la consecuencia de la crisis de la arquitectura racionalista, del funcionalismo y de la nueva técnica. El humanismo problemático de Heidegger se podía materializar en la búsqueda orgánica de la perdida escala humana de los edificios y las ciudades.

El paso posterior será el de la crítica al individualismo fenomenológico y el desplazamiento hacia una lógica social determinante de la forma arquitectónica. En Sartre o Merleau-Ponty, ya no en Heidegger o Jaspers, pero sí en Lucács o en Fromm, el impacto del marxismo será decisivo para explicar la nueva situación de los años sesenta.

De la crítica de la ortodoxia moderna se pasará a la crítica social de la arquitectura. El compromiso ético desde la lucha de clases llevará a las primeras críticas radicales de la arquitectura. La *internacional situacionista* de Jorhn, Debord y Vaneigheim tratará de substituir a la internacionalidad de los últimos CIAM y del TEAM X.

El consumo como motor de la producción estética, la ideología de clase de toda producción artística, la inviabilidad de la ciudad moderna como nuevo marco de la confrontación y segregación social, la crítica



a las imágenes del inconsciente colectivo hechas desde la herencia del surrealismo y desde una lectura — fenomenológica— de la vida cotidiana producirán una nueva Bauhaus, la *Baubaus Imaginista*, en la que, al revés, como crítica negativa, los situacionistas intentan organizar un proceso sistemático al nuevo orden producido en el arte, la arquitectura y la ciudad a partir del milagro económico de los países desarrollados. Ésta ya no es una historia de las relaciones de la arquitectura con el sistema de referentes creado por el existencialismo. Tampoco es la historia de la crisis existencialista en la arquitectura moderna. Otro episodio crítico, el del marxismo situacionista, será el que cancelará aquella ambivalente y promiscua experiencia.

---

11. *Louis I. Kahn.*

12. *Paul Virilio.*